

Los Cien Años de Carlos Roxlo

Por Carlos Real de Azúa

DESDE 1939 (intendencia de Horacio Acosta y Lara), Carlos Roxlo es para la gran mayoría el nombre de una vía de tránsito de Montevideo que corre desde la calle Soriano hasta la calle Cerro Largo. Para los que hoy son sexagenarios, es el recuerdo vago de un gran orador blanco y el autor de una composición lacrimógena (es un hecho: hizo llorar) llamada "Andresillo". Para una minoría más joven y medianamente enterada de la cultura nacional, Roxlo era un escritor que solía escribir "rémgies" en vez de "alas" y siempre "calológico" en vez de "estético" o de "bello" y el responsable de una dilatada "Historia crítica de la literatura uruguaya", ilegible en su totalidad pero en la que se busca de tanto en tanto alguna referencia, algún dato, de la que se extrae en ocasiones alguna transcripción.

PARA el señor Angel María Cusano, para el señor Andrés da Silva y Silveira y para algunos más, Roxlo era un genial poeta y orador. Los diarios nacionalistas suelen recordarlo ritualmente ("El País" lo hace siempre con la misma nota) y ni siquiera se había establecido bien hasta hoy la fecha de su nacimiento (¿1860? ¿1861? ¿1863?) aunque esto no es vacío nada infrecuente en achaques de literatura uruguaya.

Tampoco lo es esta gran diversidad de valoraciones que sobre un hombre de nuestro pasado —como acabo de mostrarlo— se desliza; puede pensarse, sin embargo, que en el caso de Roxlo esta variedad es excesiva; puede buscársele alguna explicación.

★ Refracción de Roxlo

Prende hoy presentarse a Roxlo como un personaje idolizado unánimemente en vida pero que esta diversidad de opiniones no es un agravio de la posteridad podría probarlo la "Antología de poetas uruguayos" que publicó en 1921 Mario Falcao Espalter y que aunque le dedica sesenta de sus trescientas y tantas páginas ya tiene que defenderlo del desahogo de su tiempo si bien es capaz de hacerle sólidos reparos entre los que no es el más grave llamarle romántico pomposo e irreflexivo. Muchos años después y en un elogiado artículo, uno de los mentores intelectuales de "El País", el profesor Adolfo Rodríguez Mallarini afirmó que Roxlo era vilipendiado por el rigor de los aristarcos y la ruindad de los zeilos y en unas líneas publicadas hace pocos días en "El De-

bate", el Consejero Haedo acusó del des- crédito de Roxlo a los poetas neosensibles y a los enemigos del Partido Nacional.

El primer término del Consejero tenía cierto estridor sarcástico hacia 1920 y mucho nos tememos que en este primer contexto no pudiera cubrir a su admirada Juana de Ibarbourou. Y si los enemigos del Partido Nacional fueran los autores del descrédito de Roxlo, habría que preguntarse por qué se encarnizan con él y en cambio (nombre más, nombre menos) han revalorizado casi sin medida a Eduardo Avededo Díaz (si bien "calepino", blancazo a todo lo largo de sus obras principales) y mantienen hacia Viana una respetuosa aunque discriminatoria atención.

No es incómodo asentir, sin embargo, que hay un margen de verdad en lo que dice Haedo. En su "Proceso", de 1930 (que está penetrado de un batillismo bastante belicoso) creo que Zum Felde maltrata a Roxlo, no por lo que dice de su poesía, que lo considero justo, sino al llamarle orador declamatorio y llorón (lo que ya no lo es) y al referirse a la deficiencia de sus datos, lo que importa en verdad mentar la sogá en casa del ahorcado.

Puede decirse también que si los vendedores de diarios de Montevideo hubieran denominado a su quinta "Andresillo" (como se les ha reprochado no hacerlo) no hubieran evitado el maltrato colectivo de sus padres y sus madres pero eso no levanta la pedantería de que al llamarle "Gavroche" eligieran un nombre exótico e impronunciable para la mayoría de ellos.

Se dirá que un Presidente del Consejo no tiene por qué pesar demasiado



Ilustró CENTURION

las expresiones de su prosa menor pero más exacto hubiera sido Haedo, con todo, si hubiera reconocido que el obligatorio examen, la forzosa revisión que los centenarios implican es siempre riesgosa; más justo hubiera sido si dijera que hay razones de adhesión o desapego a un hombre que no pertenecen a la crítica literaria (aún en el caso de que este hombre sea escritor); que no pertenecen a la historia (por más que este hombre haya sido un hombre público).

Hablando de Leonardo de Vinci —no asuste la distancia— decía Emilio Oribe no hace mucho tiempo que su gloria era un conjunto de fragilidades (de Goethe podría aventurarse algo parecido) y la frase es valiosa y es exacta. Hubo, hay genios, grandes genios cabales de los que ningún hacer, ningún resultado da sus medidas. Detrás de sus productos, sin embargo, opera una especie de núcleo diamantino que permite tener en pie esas fragilidades, que las fortifica, las transforma.

El juicio de personalidades mucho menores, en cambio, no puede apoyarse nunca en ese misterioso centro de valoración y a esto hay que agregar que cuando son tan diversificadas en sus obras como la de Roxlo lo fue, este juicio tiene que expedirse inevitablemente en una retahíla de "comos" y de "en tantos". En nuestro caso: como poeta, como orador, como crítico, como partidario, como hombre de acción, como y como y como... No es difícil cumplir con Roxlo en esta forma pero si este plan se siguiera puntualmente, pienso que algo muy característico de su personalidad —y acaso muy decisivo— quedaría escamoteado. Ese algo, adelantése desde ya, es la curiosa similitud (diríase: la singular monotonía) con que todos sus quehaceres llevan unos mismos trazos, unas mismas señas.

Se lean sus obras poéticas, su oratoria parlamentaria, sus libros de crítica o historia o su literatura de combate siempre se empapa el lector en la misma vena irrestañable de despliegue emocional, en la misma constante invocación a la sensibilidad patriótica, en las mismas apelaciones a las madres, a las cunas, a las tumbas, al hornero, el ombú y la gramilla. Si se ponen aparte sus obras poéticas también en todo el resto se verá campea el gusto heteróclito por lo histórico, lo jurídico y lo estético, las interminables divagaciones, la erudición maciza e impositiva. Roxlo era, pues, una personalidad más difícil de desarmar de lo que a primera vista pudiera parecer. Con todo, como de algún lado debe empezarse a desenredar su madeja, como es como poeta y escritor que principalmente se le consideró, es en esos aspectos en lo que hay, antes que en otros, que juzgarle.

★ Su flanco más débil

Roxlo nació escribiendo, podría decirse, y ya a los diecisiete años se había incluido en el "Album" de Magariños Cervantes (1878). El tramo de la iniciación es decisivo y, sea sostenido desde aquí como disculpa: no era fácil ser poeta en tiempos en los que se confundía concienzudamente poesía y oratoria y los buenos sentimientos con la emoción que se encorpa en la palabra. No le fue fácil, sobre todo, ser poeta a quién se formó en la España de 1880, al que se movió en un ambiente dominado (Becquer aparte) por una versificación de dicharachos, discurso y moralina y en el que todo lo era esa "vena" capaz de llenar en su caso varios miles de páginas.

No creo —lo confieso— que nadie haya dedicado sus ocios a leer metó-

dicamente tan caudaloso resultado, pero si cierta se puede hacerse a la selección de hombres equilibrados como Montero Bustamante, muy poco severos y de sensibilidad cercana a la suya, nada queda, nada se salva de toda la poesía de Roxlo. Ni la de tema íntimo, ni la de tema patriótico; ni la descriptiva, ni la narrativa; ni la inspiración erótica ni la de inspiración partidaria. Como no suelo ser tan radical e implícito, creo que vale decir que esto sólo escandalizará a los que nada saben de la trágica caducidad que acecha mucho más a la poesía que a otros géneros, que nada conocen del altísimo nivel de exigencia que la poesía reclama a lo que perdura y, si es útil un ejemplo, calculo que no quedará mucho más de toda la poesía uruguaya anterior a la generación de 1917 que algunas estrofas de "Tabaré", que algunas cuartetas, o décimas, o simples versos de Herrera y Reissig, que algunos poemas de Delmira Agustini y de María Eugenia Vaz Ferreira.

Desde Zum Felde se suele rechazar la poesía de Roxlo con los argumentos de que es enfática, de que es sensiblera y de que es verbaorrágica, pero sospecho que ni siquiera esta triple acumulación de calamidades explica que su poesía no funcione.

Fluencia, y fluencia excesiva tienen Whitman, los profetas, Neruda y Claudel (con el que Roxlo en algunas fotos: cráneo braquicéfalo, ojos fríos, labios breves, nariz posesiva, macidez, tenía extraña semejanza física). Son abundantes, pero además son poetas. Sentimentales y narrativos eran Wordsworth y muchos románticos ingleses, pero además eran poetas porque en poesía el sentimiento sólo se hace nocivo —y así sensiblería, sentimentalismo— cuando no está revivido desde los honores, o cuando está mal colocado, o cuando recurre a un impacto que se mueve fuera del discurso poético. Y enfática, por fin, es toda poesía que exija un timbre alto (la tragedia griega, por ejemplo), pero además tiene que ser poesía.

Se pueden recorrer en Roxlo los trechos más largos sin encontrar nunca debajo de esa abundancia, de ese énfasis y de ese sentimentalismo la palabra que nace de los veneros radicales; la palabra irremplazable, definitiva, eficaz. Aunque tal vez lo más legible de su obra pudiera haber estado en el tema bucólico (caso de "La Trilla") aún para ella le faltó a la vez sobriedad y elaboración, simplicidad y vigilancia. Tal vez su tarea debió ser esa veta descriptiva y eglógica que trabajó en Colombia Gregorio Gutiérrez González y daría aquí mucho de lo mejor de poetas tan alejados entre sí como Julio Herrera y sus "Extasis de la Montaña" y Juan Cunha y su "Sueño y retorno de un campesino".

Alguien ha recordado la vigencia, posible vigencia, de una poesía que como la suya tuviera su musa de percal, pero su poesía no es ni popular (en el mejor sentido) ni es simple. Podrá todavía aludirse a su propósito ciertos contactos: la ternura de Carriego, la violencia de Alfauerte, el repudio de Machado a la actual cosmética. (Roxlo dijo en "El Libro de las Rimadas" no he sido simbolista ni he sido decadente) pero, aún con nómina tan desigual de alusiones —Alfauerte es bastante discutible— no es fácil negar que Roxlo todavía está lejos del más próximo a su nivel.

Más acá de esto, que se señalen en él, atisbos de precursor del modernismo (como lo hizo Montero Bustamante); que se subraye la equidad de su juicio sobre Herrera y Reissig; que Pedemonte marque (en "Nueva poesía uruguaya") su aportación a la línea de nacionalismo literario que le parece viva y prestigiable; que sus tentativas de una épica nacional puedan afiliarse en una vigente línea hispanoamericana que va desde Olmedo hasta Neruda tiene sentido. Todo tiene sentido, pero un poeta vive estrictamente sobre sus logros y no sobre sus latencias, sus barruntos, sus potencialidades.

Roxlo como poeta era, en puridad, una especie de río caudaloso pero de fondo incoloro y que refleja todos los cielos que lo cubren. Hay poemas suyos que son un eco más del bequerismo de aquellos tiempos; otros que son de un José Zorrilla o de un Campoamor, o de un Heine, o de un Musset, o de un François Coppée hasta de un Baudelaire externo y diluido ("Immer Bei Di").

Hay poemas, incluso, que siguen puntualmente al Darío más roco, por más (Pasa a la Pág. siguiente)

cierre por licencia

COMUNICAMOS QUE PERMANECERAN CERRADAS DESDE EL 25 DE MARZO HASTA EL 3 DE ABRIL INCLUSIVE, LAS SIGUIENTES FABRICAS DE NUESTROS ASOCIADOS:

ABAL Hnos. S. A.
BARRERA Hnos. S. A.
CLAVIER & Cía. S. A.
JULIO MAILHOS S. C.
SHEIK S. A.

Asociación de Fabricantes e Importadores de Tabacos y Cigarrillos

